

índice

60
cents.

COMITE DIRECTIVO:
Mariano Picón-Salas, Raúl Silva Castro,
Ricardo A. Latcham, Eugenio González,
José Manuel Sánchez.

SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1930
Año I. Núm. 5.

ORGANO DEL GRUPO "INDICE"
Mensuario de cultura actual, información,
crítica y bibliografía.
DIRECCION POSTAL: Clasificador 24-A.

EL PROBLEMA DE LA UNIVERSIDAD

Queremos examinar el problema universitario con prescindencia de sus aspectos críticos — la agitación estudiantil de los últimos días, por ejemplo — que, de tiempo en tiempo, sacuden el ambiente público. Ellos se han presentado bajo regímenes diferentes y en diversas circunstancias, lo que permite constatar — contrariando la opinión de algunos observadores que presumen de perspicaces — que sus causas son de índole extraña a las corrientes políticas en juego y residen principalmente en una falta de adecuación de la Universidad a las necesidades de la época.

No caeríamos en exagerada y peregrina afirmación si dijésemos que en Chile no hay Universidad, si como tal se considera un centro de coordinación de los esfuerzos culturales, una entidad orientadora de las fuerzas constructivas de la nacionalidad, un laboratorio de investigaciones aplicadas a los problemas actuales, especialmente a los que son propios del país y del Continente. No es nuestra Universidad, en su estructura presente, otra cosa que un aparato burocrático cuyo rutinario funcionamiento no ejerce, ni podría ejercer, por supuesto, ninguna influencia valedera en el desarrollo de la cultura ni en un aprovechamiento inteligente de los recursos nacionales.

Desvinculada de los problemas de la época y del medio social, ajena a las inquietudes que renuevan el mundo de las concepciones tradicionales, retrasada con respecto a la evolución histórica y sin conexión con los intereses y necesidades reales de la juventud y de la Nación, no es sorprendente que sea la Universidad objeto de críticas acerbas y que, con significativa frecuencia, se manifiesten, en torno a ella, propósitos reformistas que parten de las más disímiles esferas de la sociedad, generalmente de los estudiantes que son quienes más de cerca conocen, mejor dicho sienten, la antinomia

entre lo que es y lo que debe ser la Universidad.

Podrían sintetizarse en tres los objetivos que debiera perseguir la Universidad: La formación de profesionales idóneos, técnica y moralmente considerados; el fomento de la investigación científica y de la producción intelectual y artística; y la socialización de la cultura. Lo primero — la educación profesionalista — compete a las escuelas especiales. Varias de ellas son actualmente de calidad muy estimable. Otras, necesitan de reformas sustanciales en sus métodos de trabajo y en la organización de sus estudios, impregnados de una tendencia verbalista y erudita que no se aviene con las conveniencias prácticas de los jóvenes

ni con las necesidades efectivas del aprendizaje profesional. Modificar prontamente estos defectos es indispensable y, asimismo, lo es, llegar a una renovación del profesorado de varias escuelas.

Pero la mera formación profesional — función específica de establecimientos autónomos — no justificaría la existencia de una máquina administrativa encargada de una especie de control superior, de la periódica distribución de diplomas y de la publicación de un Boletín, cuya eficacia cultural permanece incógnita. Por sobre esas actividades, de rango subalterno, hay otras que son las que dan carácter, sentido y valor social a la acción universitaria: la preocupación atenta y el estímulo oportuno

de cuanto signifique desenvolvimiento de actividades creadoras y una permanente irradiación de fecundas sugerencias espirituales en los distintos sectores de la colectividad.

Estos fines, que son fundamentales, no los ha perseguido o los ha perseguido sin continuidad ni plan nuestra Universidad. Es cierto que, de vez en cuando, se reúne en el Salón de Honor de la Casa Universitaria un público heteróclito, para escuchar a conferencistas nacionales y extranjeros; pero estas actividades esporádicas no justificarían, tampoco, la existencia de oficinas y funcionarios especiales con títulos resonantes, ya que muchas instituciones privadas, sin disponer de los recursos técnicos y pecuniarios del Estado, las realizan y tal vez con mayor utilidad para las necesidades que se trata de atender.

Para que podamos hablar de Universidad — sin caer en pedantesca suficiencia criolla — es necesario que el organismo así llamado ahora, pase a ser, no sólo en los artículos de un Estatuto sino en la verdad de los hechos, un dinámico y constructivo centro de trabajo científico, de producción intelectual seria, de preocupaciones culturales en consonancia con los ideales contemporáneos; que se avoque al estudio de las realidades americanas y chilenas, para extraer de una honrada comprensión de nuestros problemas las soluciones salvadoras; que sepa formar en la juventud sólidas disciplinas de trabajo y de pensamiento y sea capaz de orientarla en medio de las contradictorias influencias que actúan en el campo de la actualidad.

Porque es corriente hablar de desorientación de los anhelos sociales, de carencia de ideales válidos, y en ello cabe — apartando los factores históricos y profundos, propios de la época en que vivimos — no poca responsabili-

EN ESTE NÚMERO

De nuevo LA UNIVERSIDAD.—Revisión de Barros Arana.—Pensando más allá del MEDICO por el Dr. Clares.—Carta del PERU.—Winett de Rokha habla de su marido: PABLO.—Capítulo de NOVELA por Eugenio González.—LIBROS.—En busca de UN HOMBRE por Olga Poblete.—Prosa de Alfonso Bulnes.—EL FANTASMA DEL SEÑOR GIDE por Lord Jim.—RECUERDOS LITERARIOS de Dn. Honorio Henríquez.—Gutiérrez Cruz, poeta de la revolución mexicana.—Deportes y Literatura.—Una nueva neurosis.—PINTURA: novedad en Rebolledo Correa y la Teosofía de Roerich.—Crónica.—Vulgarización Científica.— Además otras firmas: LATCHAM, SILVA CASTRO, SANCHEZ, CELIS, SERAFIN DEL MAR.

El problema de la Universidad

(De la 1.^a pág.).

dad a la Universidad que en vez de ser vanguardia y guía del pensamiento colectivo es un agregado sin trascendencia en la copiosa burocracia vernácula. Reducida a la formación de profesionales, ha olvidado su función más alta: la educación de los espíritus directores de la nacionalidad. El divorcio notorio entre la Universidad y la Nación y entre la Universidad y la cultura actual ha sido y es fuente de males para la sociedad y el Estado, en un ambiente como el nuestro lleno de problemas oscuros que requieren una colaboración organizada de la inteligencia.

Países como los hispano-americanos, de escasa e insegura tradición, trabajados por corrientes poderosas venidas de otras latitudes culturales, desprovistos de una gran potencia natural que salve las imperfecciones técnicas, necesitan para desenvolverse normal y progresivamente de una "élite" activa y culta, concedora de las fuerzas espirituales de nuestro tiempo, vinculada a la tierra por un estudio profundo de sus recursos y sus posibilidades, dotada de un fervor de acción disciplinado por métodos eficaces. Todo esto debe ser en

nuestra América, donde no existe esa difusa tradición de cultura que afina las aptitudes raciales, producto de un intenso trabajo universitario que mire hacia una honrada selección de capacidades, en medio de las turbulencias inorgánicas de las democracias continentales.

Es por eso que, para nosotros, el problema de la Universidad abarca amplias zonas que comprenden vitales e impostergables intereses, ligados al porvenir nacional. Sin ser devotos de un intelectualismo que sería exótico alarde de decadencia, confiamos, no obstante, en la eficacia de una acción espiritual bien orientada y creemos que de ella puede surgir una superación de los valores de la realidad. Formar en severas disciplinas de cultura a los hombres que han de realizar — en la ciencia, en la administración, en los negocios, etc. — esa labor de amplias proyecciones patrióticas es, a nuestro entender, misión de la Universidad. Y si ella no sabe cumplirla no sirve al país, ni a la juventud, ni al porvenir.

E. G. R.